

como forma de ser hombre, esta actitud, para ser coherente, debiera aplicarse siempre. Esta coherencia no parece fácil. Parece quedar, en exclusiva, para quienes la proclaman, necesitando de la identidad homogeneizadora del resto. Dicho de otra manera: para que haya diferentes se necesita que haya iguales (aunque no se diga explícitamente respecto de qué); o, aún de otra forma: este tipo de discurso, posmoderno o de fin de la modernidad, puede enmascarar nuevas formas de homogeneidad, usando el mismo tipo de diagnóstico para todas las sociedades y convirtiendo en canónicos textos emanados desde los centros de poder de las áreas culturales dominantes³³. Esta preocupación por el sujeto que se orienta hacia la desmembración de los principales valores ilustrados en aras de una pretendida emancipación termina, como he dicho ya, por convertirse en lo contrario de lo manifestado. Entre otras razones, por la falta de atención a cada historia y a cada sociedad, sin las cuales el individuo es una abstracción.

Así, ese acercamiento de la filosofía a la narrativa, inicialmente interesante como proyecto filosófico y cultural, queda en muy poco o, como hemos señalado, puede convertirse en una nueva forma de dominación. Tanto puede hacerse así un discurso desmitificador o antiedificante como lo contrario, es decir, un discurso edificante o anticientífico donde la literatura es presentada como compensación en un mundo sin ilusiones, sin fines o sin fe, donde el hombre necesita de narraciones o de historias que llenen su vacío. A ambos riesgos están sometidos, quizá paradójicamente, los textos comentados, especialmente el de Morey a pesar de ser una versión revisada de las principales tesis que definen la posmodernidad (sea cual fuere la denominación que se utilice).

Propongo recuperar la necesaria articulación filosofía-literatura, incluso, además, con la ciencia, desde una perspectiva histórica. Únicamente así puede comprobarse qué respuestas han ofrecido esas relaciones en cada época respecto de las preguntas que en su contexto se producían. Es sabido que el presente sólo puede entenderse desde la historia, y cada presente desde su historia.

Como ejemplo, deseo referirme al análisis, a mi parecer muy interesante, que realiza la profesora Iris Zavala en el último capítulo de su libro ya mencionado al comienzo.

Podemos resumir su tesis de la siguiente manera: 1. No puede aplicarse sin más a las sociedades hispánicas el diagnóstico que se realiza sobre las sociedades de tecnología altamente desarrollada o poscapitalista; 2. Buena parte de los asertos que se atribuyen al posmodernismo fueron avanzados por el modernismo(s) hispánico(s); 3. La situación actual en las sociedades del mundo hispánico —esa heterogeneidad sincrónica, como la define— tendría que ver más con virtualidades abiertas por ese movimiento de emancipa-

³³ Sin querer detenerme mucho en este aspecto, resultan significativas las fuentes utilizadas tanto por Lynch como por Morey así como las ausencias. En concreto, todas las lecturas literarias que realiza Miguel Morey pertenecen prácticamente al mismo área cultural donde no figura ningún autor español o latinoamericano.

³⁴ Iris Zavala resume en seis los temas principales tratados por los modernistas: «1) Desconstrucción y desmitificación del Estado; 2) Ideología anticolonial; 3) Preocupación por temas sociales (socialistas); 4) Descanonización de las ideas heredadas; 5) Volver a trazar el mapa del dominio moral; 6) Ataque y asalto a través y a la retórica». Op. cit., p. 240.

³⁵ *Ibidem*, p. 243.

³⁶ «En conclusión —señala Iris Zavala— la producción literaria contemporánea en España, particularmente desde los años cincuenta, es una revisión y una reescritura del pasado, y un reestablecimiento de la historia, combinado con la retextualización, por ejemplo, de Valle, Machado, Darío, la nueva recepción de Lorca, Alberti...», p. 256.

³⁷ *Ibidem*, p. 260. *La cursiva es mía.*

³⁸ «...la identidad del hombre hispanoamericano se define, paradójicamente, por aquello de que carece: la humanidad plena. Esta carencia no es innata a su condición. Todo lo contrario. Se ha pretendido despojarlo de la humanidad que inalienablemente posee al imponerle metas ajenas. Pero el fracaso de este acto pone de manifiesto esa misma humanidad que se quiere negar. De aquí que el hispanoamericano se vea como un ser esencialmente dual porque su rostro humano ha sido cubierto por una máscara tallada por la humanidad de otros hombres occidentales». *Gloria de*

ción, que fue el modernismo, que con otros procesos cuya realidad, en ese área cultural, no dejaría de ser un mito.

Ciertamente, las investigaciones realizadas en los últimos años sobre la década de los noventa del pasado siglo y los primeros decenios del presente han desmontado, en buena medida, algunas valoraciones simplistas o equivocadas, hechas con anterioridad. Citaré sólo algunos puntos: 1. La llamada crisis del realismo fue una profunda revisión y una complejización del mismo pero no simple rechazo. A este punto se unen el mantenimiento del positivismo y el desarrollo de la ciencia; 2. La existencia de un compromiso social y político, la lucha contra el autoritarismo y los imperios, y la apuesta por la democracia está claramente presente en los intelectuales pertenecientes a las generaciones anteriores a la guerra civil; 3. La revisión de temas como la desconstrucción del sujeto, la renovación de los géneros literarios y los filosóficos que no parten de su delimitación sino de su mezcla. Recuérdense la «nivola» y el «druma» unamunianos o la novela dialogada de Galdós. Podemos preguntarnos si *La Voluntad* de Azorín es una novela o qué son los esperpentos de Valle, por ejemplo. O lo que supuso la potenciación del ensayo, género híbrido por naturaleza, etc. Y, todo ello, produjo una gran diversidad de lenguajes y estilos, de géneros nuevos —¿filosofía o literatura?— como respuesta a un proyecto cultural específico en un contexto social y político determinado³⁴.

Desde aquí, la profesora portorriqueña señala que «la situación actual no puede entenderse como una ruptura total con el pasado» para indicar más adelante que «...existen con seguridad, contenidos semánticos muy diferentes en las diversas situaciones nacionales, que el espacio es plural, y hay derecho a la diferencia»³⁵. Justamente la diferencia sólo puede asentarse en la continuidad y la sincronía de las heterogeneidades sólo puede establecerse en la medida que no se niegue la diacronía³⁶. Y en este sentido, señala Zavala, «La(s) práctica(s) de la modernidad y su “narratividad” tal como se revela en el mundo hispánico desde una postura antiimperialista latinoamericana en y alrededor de 1898 (año que, según Lenin, marca el punto más alto del imperialismo) es todavía un proceso en curso. Sin embargo, no parece representar ni el abandono de la lucha por el significado, ni de la búsqueda de la verdad o el entusiasmo. La reflexión sobre la función del intelectual en el capitalismo tardío o en el mundo industrial moderno, si bien despoja de ilusiones, no lleva a abandonar la partida ni la responsabilidad»³⁷.

Paradójicamente, en América Latina la pregunta por la identidad es la pregunta por la diferencia³⁸, por la reconstrucción de la historia. En España, donde la historia debe ser igualmente reconstruida, no está tan claro en el campo de la filosofía, excepto para unos pocos. Porque nos podemos

preguntar cuál está siendo la función de la filosofía durante estos treinta últimos años. Probablemente, como señalaba el profesor Abellán en la introducción de su *Historia*, la literatura ha suplido el vacío dejado por la filosofía pero de manera insuficiente. Pero si la narrativa ha mantenido la continuidad que indicaba Iris Zavala aun en su crítica a muchos de los mitos de la España tradicional, las virtualidades que forman ese proyecto inacabado pueden ser base para una forma de hacer más humana como proyecto propio de desarrollo de la modernidad.

No parece esto estar tan claro en la filosofía donde, en mi opinión, la fisura producida con parte de la tradición (buenas razones había para ello) durante los sesenta lo fue prácticamente con toda la tradición. Aparte de que para esto segundo no había ninguna razón, como algunas investigaciones de importancia ya han mostrado, esta fisura aún no ha sido restañada y también tengo dudas de que haya voluntad de ello.

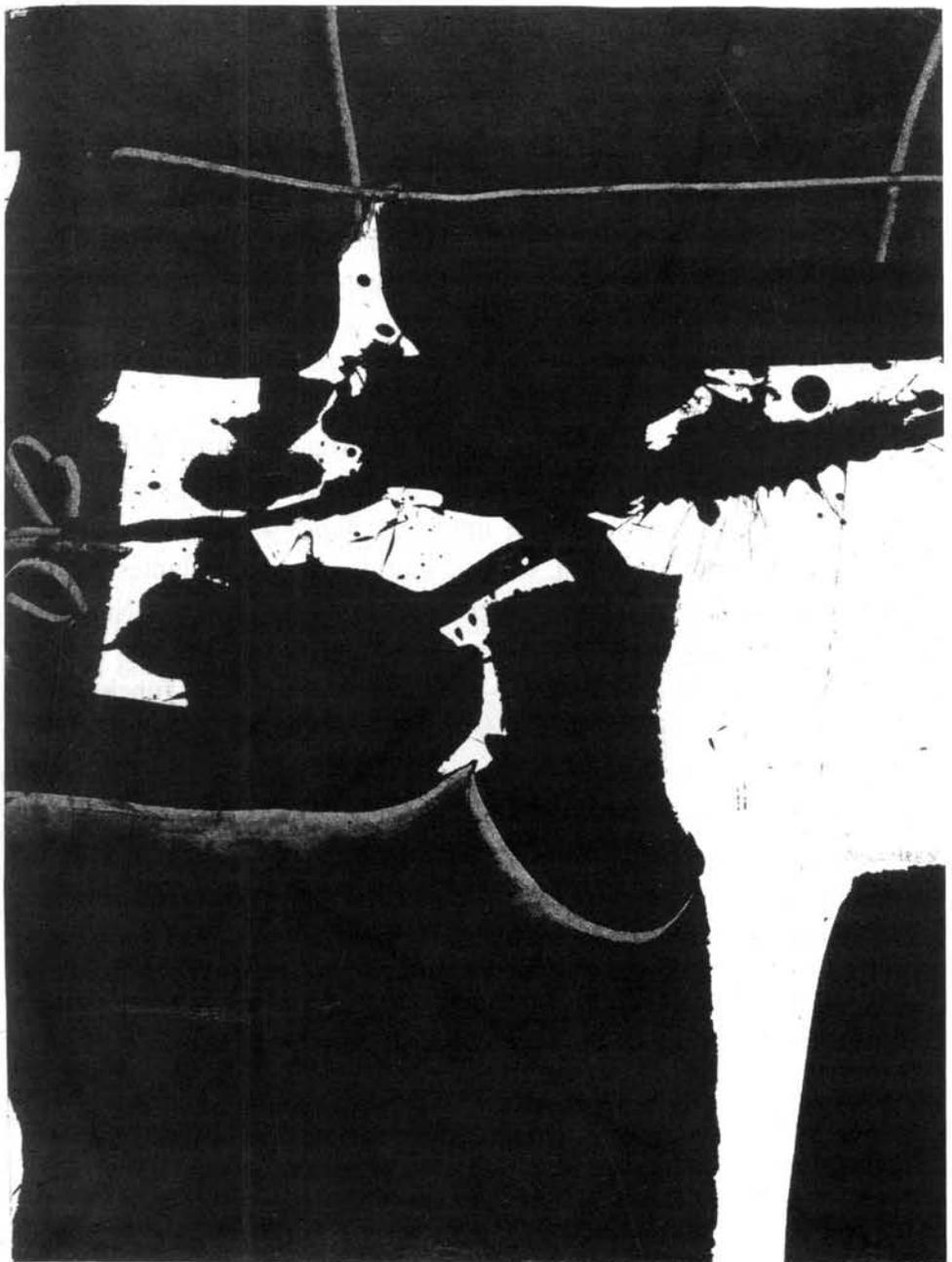
La retirada de la filosofía al gabinete, el diseño de ese sujeto que se encoge de hombros al terminar la fábula (Lynch) o que se encierra en su solipsismo tratando de contemplar lúcidamente «Algo» que sabe nunca logrará y que simplemente atisbará en las imágenes que el narrador acierta a presentarle (Morey) fomentan un ahistoricismo que en nada conecta con el compromiso de autores que hicieron un esfuerzo por modernizar España hace ya un siglo.

Así pues, en mi opinión, la articulación filosofía-literatura exige ser enmarcada históricamente para que adquiera sentido en el contexto de un horizonte social y cultural y evite interpretaciones acríticas.

Los textos de Morey y Lynch, en este sentido, son estimulantes pero no conectan con esa tradición española con la que podrían hacerlo. No parece muy lógico que, cuando las ciencias humanas se han convertido en ciencias de la planificación y la intervención —productoras de verdades funcionales— y la literatura se ha adueñado del debate sobre el sentido, la filosofía se reduzca a pregunta sin esperanza de respuesta. Precisamente, en la tradición española, cuando la filosofía se ha acercado a la narrativa lo ha hecho no para alejarse de la realidad sino para buscar una mediación más con que comprenderla. De ese contacto ha surgido, en muchas ocasiones, un diálogo fecundo no sólo para el pensamiento sino para la acción.

Cunha-Giabbai, Humanidad: la utopía del hispanoamericano. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Georgia. Inédita.

José Luis Mora



Manuel Millares,
Sin título (hacia 1966),
pintura sobre papel